

JOSÉ LUIS VILLACAÑAS, *Teología política imperial y comunidad de salvación cristiana. Una genealogía de la división de poderes*, Trotta, Madrid, 2016, 717 pp. ISBN: 978-84-9879-627-8.

Retomar en España, a estas alturas del siglo XXI, los términos con los que José Luis Villacañas titula este libro (teología, imperio, cristianismo, comunidad, salvación) y mezclarlos con la política (nueva o vieja, con mayúsculas o minúsculas, desde luego una palabra en clara inflación en estos tiempos), es una muestra clara de que el autor está dispuesto a saltar mucho más allá de las zonas de seguridad del pensamiento en el que se mueven la mayoría de los habitantes de este país, incluidos sus actores políticos.

No debe irle mal en esta aventura en la frontera, porque en este sentido el profesor Villacañas es reincidente. Una vez más, como ya hiciera en su *Historia del poder político en España* (RBA, 2015), manifiesta en esta obra una especial sensibilidad para detectar y sacar a la luz el trasfondo religioso de las realidades políticas actuales y pasadas. Y no es esta una capacidad que deba darse por descontada, especialmente en los más jóvenes ciudadanos de esta sufrida *res publica*.

Para nuestra desgracia el énfasis que se ha puesto en los últimos lustros para hacer desaparecer de las inteligencias todo rastro de conocimiento humanístico sólido, incluyendo en este la experiencia religiosa y el discurso sobre la misma, no ha sido infructuoso. Sin embargo, igual que el desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento, la ignorancia histórica que habita Europa (o al menos esta calurosa provincia meridional) no anula el hecho de que los europeos y españoles de hoy sean, en el fondo, nietos de Roma, hijos de su religión postrera: el cristianismo.

Por eso este libro ambicioso, exhaustivo, robusto en su talle y en su contenido, es una gran noticia. Porque sus páginas están llenas de enseñanzas para todo aquel que quiera poner lo que le toca (esfuerzo e ilusión) en el único pacto educativo que parece que es capaz de resistir por aquí: el que firma cada quién con un buen libro.

Hallará al hollarlo el lector una descripción minuciosa de la evolución del mando en Roma (desde el republicanismo hasta la deificación del emperador, con una valiosa parada en el punto de inflexión marcado por Sila); así como de la noción de patrimonialismo, destacando su papel como infraestructura socioeconómica que permitió no solo el crecimiento y consolidación del modelo netamente urbano de la Roma clásica, sino su transición hacia ese otro modelo de grandes haciendas rurales con el que se encontraron los nuevos dominadores germanos y que abriría las puertas a una nueva Europa.

Junto a esto, que no es poco, podrá encontrarse, por ejemplo, con los aspectos esenciales del judaísmo, previo y posterior a la aparición de Jesús. Siguiendo la estela trazada en otras de sus obras anteriores, Villacañas argumenta enérgicamente en favor de la relevancia histórica del pueblo judío, su religión, su cultura y su teología. Esta vez se centra con especial interés en la figura de Filón de Alejandría, destacando su labor por mantener el vínculo entre el judaísmo y la cultura helenística que impregnaba la fantástica ciudad en la que vivió, adjudicándole el mérito de haber “encontrado el modo de que el Dios de Moisés siga su camino en medio de la filosofía griega hasta abrir el discurso de Pablo de Tarso... Con ello, se acaba de establecer el puente más sólido entre los tiempos antiguos y los medievales” (pp. 124-125).

Este Pablo, denostado con ferocidad por Nietzsche y recuperado para el tiempo presente por hombres como Jacob Taubes, es otro de los protagonistas del texto, identificado aquí como el vertebrador institucional de la Iglesia naciente, como el hombre capaz de “poner en relación el mundo de Galilea con el mundo helenístico” (p. 203) y de trazar las líneas que harían posible que Jesús pudiera pasar “de ser el Cristo Resucitado, a convertirse en el Logos preexistente” (p. 210). Su manera de heredar y hacer fructificar los talentos recibidos dieron al cristianismo la posibilidad de convertirse, al menos en sus primeros tiempos, en una religión de salvación: “una de las formas más poderosas que tienen los seres humanos para luchar contra el dolor de forma conjunta” (p. 13), pero que, necesariamente según el autor, ha de darse en los “márgenes de la comunidad política oficial” (p. 14).

La convivencia de una promesa de salvación para todos con las obligaciones propias de la obediencia política resulta ser siempre un problema de primer orden. La forma en que Occidente ha ido intentando resolverlo es la historia del cristianismo europeo y se revela como imprescindible para comprenderla otro de los conceptos que Villacañas pule en su texto: el de *deificatio*, que implica la identificación del ser humano con un Dios. Reservada en sus inicios para el rey de estilo oriental (una de cuyas más conocidas expresiones es la de los faraones egipcios), la *deificatio* afectará con el paso de los siglos, con mayor o menor fortuna, a la figura del emperador romano. Esta innovación transformará la comprensión de sí misma que se había dado Roma y alterará profundamente todo su sistema político. Posteriormente, la pretensión cristiana de ser capaz de deificar, no ya al rey, sino a toda persona que se bautiza, y la expansión del cristianismo desde el interior mismo del Imperio, se impondrá como el elemento dinamizador de una nueva configuración social, completamente alejada de la de las monarquías orientales, pero también del reducido alcance del *demos* griego. Este concepto de *deificatio*, junto con el de salvación, juntos y en el seno de la ciudad, son identificados por Villacañas como “la piedra de toque de la división de poderes” (p. 19), ese santo y seña de la democracia

moderna que tan difícil resulta construir y tan fácil (iqué lamentablemente frecuente es comprobarlo!) echar por tierra.

Como es sabido, a menudo el libro del humanista (sobre todo el del que aspira a serlo) es como una barrena que perfora cada vez más hondo en un solo punto. Punto que suele ser tal autor o tal otro, exótico, lejano y de idioma difícil, si es posible, y, por supuesto, mejor si por su condición no puede publicar algo que pueda contradecir a su comentarista. La enorme especialización a que alcanzan sus esfuerzos hacen de este aspirante a filósofo todo un experto en alguien que a los demás, para mayor hastío de uno y otros, no suele producirles el menor interés. La otra opción frecuentada en la producción humanística habitual es abordar un tema, preferiblemente la cuestión candente o la aporía irresuelta, y trasegar con ella durante unos cuantos cientos de páginas, con mayor o menor superficialidad, para terminar aportando un recurso vegetal más a las reservas con que afrontar la próxima glaciación.

No hay aquí ni lo uno ni lo otro. Aunque son conocidas las preferencias del autor por algunos pensadores alemanes, y aunque *Teología política imperial...* es decididamente una obra para volver a Max Weber y a Agustín de Hipona (como ya hicieran algunos de los más grandes del siglo XX, véase Karl Löwith), la multitud de referencias (explícitas o no) que van completando el discurso de Villacañas, dibuja un panorama completo y armónico del pensamiento occidental. La bibliografía final, por su extensión y detalle, debería hacer reflexionar a aquellos que tanto han echado en falta el andamiaje bibliográfico en alguna de sus obras anteriores, sobre la diferencia entre no saber hacer algo y no considerar oportuno hacerlo en un momento dado. Por otra parte, la elección y tratamiento del tema (sin excluir en absoluto su peliaguda dimensión teológica, lo que le aporta una especial credibilidad en una tierra donde entre la sotana y la antorcha apenas se encuentran puntos intermedios) conjuran la tentación de superficialidad y hacen de este libro una consulta imprescindible para cualquiera interesado en conocer, comprender y contribuir al cambio de la sociedad en que vivimos.

Más allá de sus ropajes eruditos, e incluso arcanos en ciertos momentos, *Teología política imperial...* aparece ante el mundo de lectores como una nueva apuesta de su autor en favor de las capacidades del saber para modificar, y mejorar, en último término, las condiciones de vida de las sociedades. Favoreciendo el retorno de tanto como se ha reprimido en lo que hace al conocimiento de la historia, José Luis Villacañas aporta aquí un destello de lucidez más que notable. Ahora está en manos de los lectores acogerlo.

Juan D. González-Sanz
orcid.org/0000-0002-4344-8353